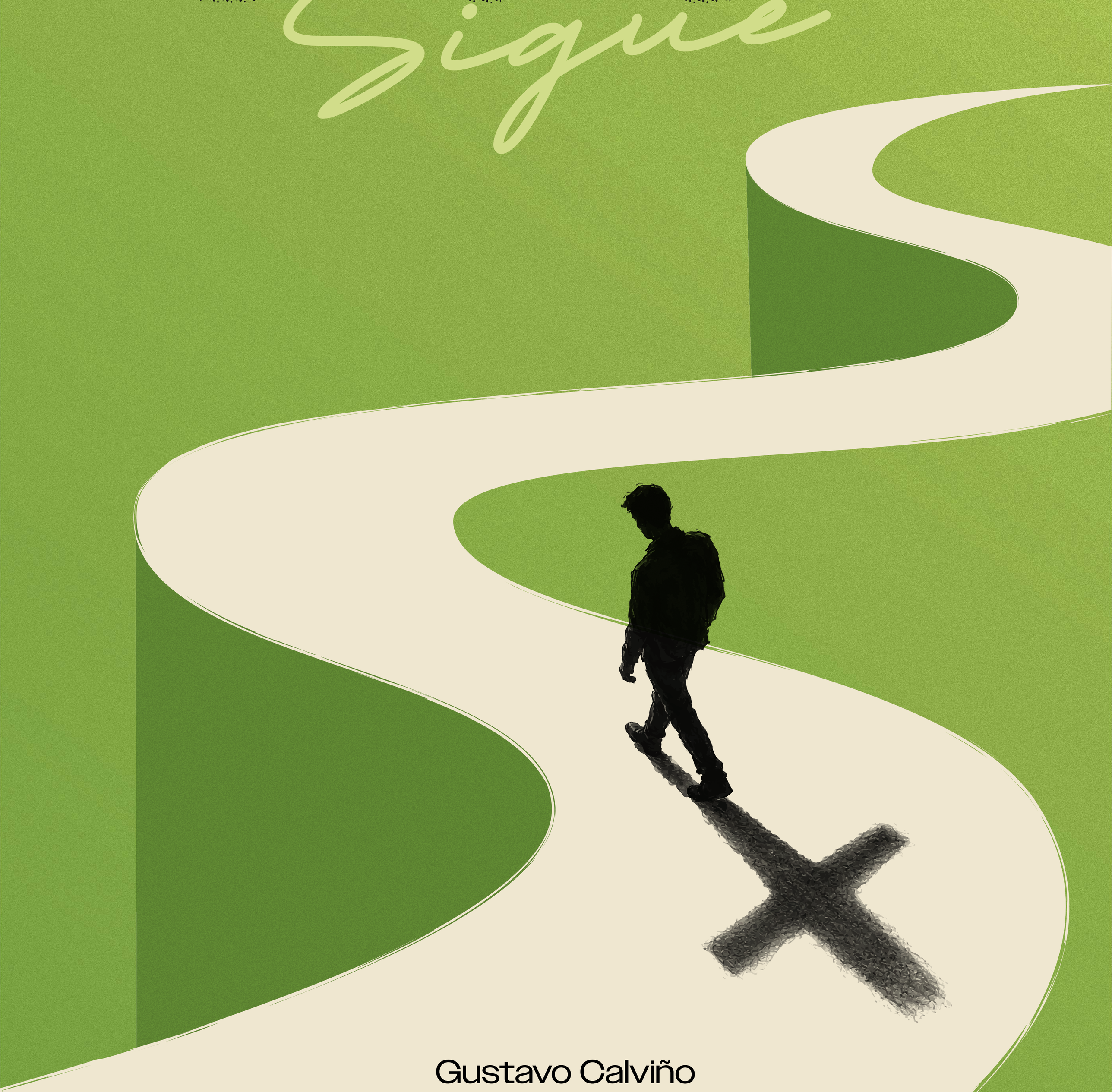
SIGUE

Sigue



Gustavo Calviño

SIGUE

Sigue

El llamado a salir con la Buena Noticia

y los elementos fundamentales del Mensaje.

Gustavo Calviño

El mensaje tiene por lo menos cuatro cosas que no podemos evitar.

El mensaje tiene un autor, un portador un contenido y un propósito.

Gustavo Calviño

Prólogo

Hay libros que informan. Hay otros que inspiran. Y hay algunos que, si el lector les abre el corazón, tienen el potencial de despertar algo que quizás llevaba demasiado tiempo dormido.Creo sinceramente que este libro pertenece a esa última categoría.

Conozco a Gustavo Calviño desde hace más de 15 años. He tenido el privilegio de verlo vivir aquello que ahora escribe. Por eso puedo afirmar que estas páginas no nacen solamente del estudio o del conocimiento teológico, sino de una vida marcada por una **profunda pasión por Jesucristo** y por el **deseo de que otros también lo conozcan.**

En un tiempo donde abundan los mensajes rápidos, superficiales y muchas veces centrados en el hombre, este libro vuelve a colocar el centro donde siempre debió estar: **en Cristo y en el evangelio.** Nos recuerda que la salvación no es una idea más, sino la mejor noticia que la humanidad ha recibido. Y también nos confronta con una pregunta inevitable: ***¿qué estamos haciendo con el mensaje que un día transformó nuestra propia vida?***

Mientras lo leía, una convicción crecía en mi corazón: **la Iglesia nunca fue llamada simplemente a reunirse, sino a ser enviada.** Cada capítulo nos invita a recordar que no somos espectadores del Reino de Dios, sino **portadores de un mensaje eterno** que sigue teniendo el **poder de reconciliar al hombre con su Creador.**

Estoy convencido de que este libro no busca sumar información, sino producir transformación. No pretende llenar la mente únicamente, sino **encender nuevamente el corazón.** Te desafiará, te confrontará y, al mismo tiempo, **renovará tu amor por Jesucristo y tu pasión por anunciarlo.**

Mi deseo es que no leas estas páginas con prisa. **Permite que el Espíritu Santo haga de cada capítulo una conversación personal contigo.** Si eso sucede, no terminarás este libro siendo el mismo que comenzó a leerlo.

Gracias, Gustavo, por obedecer al Señor y poner por escrito lo que Él ha depositado en tu corazón. Oro para que este mensaje alcance a muchos, despierte una nueva pasión por el evangelio y **levante hombres y mujeres que vivan con la urgencia y el gozo de anunciar a Cristo hasta lo último de la tierra.**

Que este libro no sea simplemente una lectura más, sino el comienzo de una **renovada pasión por Aquel que es el Autor de nuestra salvación** y la razón de nuestra misión.

Germán Rubén Palermo

Hasta lo último de la tierra

de la tierra

No es “hasta aquí”,
no es un límite marcado,
es seguir, seguir, seguir,
un camino nunca acabado.

Salir, salir, salir,
hasta lo último de la tierra,
porque Cristo es el Autor,
y su voz nunca se cierra.

Creer, tener fe, confiar,
es el camino de la gracia,
la misión no puede esperar,
la salvación nunca se atrasa.

El Autor es más que el mensaje,
Él mismo es la verdad,
y ser portador de su palabra
es vivir su libertad.

La urgencia del mensaje

El Señor me ha estado hablando con intensidad en este tiempo. Me invita a entrar en un ambiente que parece estar en pausa, como en stand-by, un tiempo de espera. Y, sin embargo, en esos espacios suceden cosas maravillosas: la iglesia se reúne, la adoración se eleva, la Palabra se comparte para edificación y crecimiento. Pero hay algo más profundo que el Señor me ha mostrado: **Él nos hizo partícipes de un mensaje, un mensaje de salvación, y nos envió a compartirlo.**

Hace unos días, mientras cantábamos, me sorprendí al declarar con gozo: “Soy libre”. ¡Qué bendición poder decirlo! ¡Qué privilegio que tú y yo podamos proclamarlo! Pero al mismo tiempo, me estremecí al pensar en los cientos de personas que aún no saben que pueden ser libres, que todavía no pueden clamar: “Soy hijo”.

Escuchaba recientemente a unos jóvenes hablar sobre la adopción, y recordaba que nosotros hemos sido adoptados, pero no por un simple deseo humano. Hubo un precio que pagar: **el precio de la sangre de Jesucristo.** Todos aquí lo sabemos, pero la realidad es que hemos dejado el mensaje de la buena noticia como en espera, en un mundo que se ahoga en malas noticias. Nosotros, sin embargo, llevamos la mejor noticia.

El libro de Hebreos nos recuerda: *“Es necesario que prestemos más atención a lo que hemos oído, no sea que nos extraviemos. Porque si el mensaje anunciado por medio de los ángeles fue firme y toda desobediencia recibió su justo castigo, ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?”* (Hebreos 2:1-3).

No podemos descuidar nuestra salvación. Dios nos salvó del miedo, de la ansiedad, del pánico. Nos salvó de tantas cosas que hoy debemos recordar, no como un simple ejercicio de memoria, sino como un acto que activa en nosotros lo que ha quedado quieto, lo que hemos dejado de hacer con la fuerza y la dinámica que deberíamos.

El apóstol Pablo escribe: *“El mensaje de la cruz es locura para los que se pierden, pero para los que se salvan, es poder de Dios”* (1 Corintios 1:18). La sabiduría humana no puede comprenderlo, porque Dios dispuso salvar a los creyentes por medio de lo que el mundo llama locura: la predicación.

Los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, poder y sabiduría de Dios. Lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que ellos.

El Señor me habló sobre la necesidad de volver a recordar y compartir este mensaje. No se trata de algo que “ya sabemos de memoria”, sino de darle la importancia que merece. No hablamos de sabiduría humana, **sino del poder y la sabiduría de Dios.**

Predicar es hablar, contar, anunciar la buena noticia. Y aunque la adoración, la alabanza y la edificación de la iglesia son extraordinarias, hay una urgencia que no podemos ignorar: **llevar el mensaje de salvación.**

Vivimos tiempos donde la buena noticia de Jesucristo es más necesaria que nunca. En Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo. Esa palabra **“reconciliación”** debe resonar en nosotros.

Hemos sido reconciliados, pero alrededor nuestro hay multitudes que aún no lo saben: obreros, estudiantes, familias enteras que desconocen que Dios ya los ha reconciliado por medio de Jesucristo. **Y a nosotros nos fue confiado ese mensaje.**

El llamado a extender

Extender no significa simplemente reunir multitudes, aunque esos momentos gloriosos nos llenen de gozo. **Extender tiene que ver con ir, con salir, con obedecer el mandato: “Vayan”.** Cuantos más seamos, más podremos salir, más podremos poner en práctica el mensaje. Porque este mensaje no está reservado para los sabios de este mundo, ni es fruto de la sabiduría humana. Es un mensaje divino, y su importancia radica en que debe ser anunciado en Argentina, en Chile, en España, y en todas las naciones.

A menudo escuchamos: “Aquí ya conocen de Dios”. Pero ese argumento se desgasta, porque la orden no fue “hasta aquí”, sino “hasta lo último de la tierra”. En el original, la palabra no implica un límite, sino un movimiento continuo: sigan, sigan, sigan. Es volver a empezar, volver a salir, seguir adelante. La esencia del mandato es clara: salir, salir, salir.

El mensaje que llevamos tiene cuatro elementos que no podemos ignorar:

Un Autor

Un Portador

Un Contenido

Un Propósito

El Autor

El autor es Dios mismo, Jesucristo. Y aquí surge la tensión de nuestra fe: Dios es uno, y a la vez es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Hebreos 2:10 declara: *“Convenía que Dios, por quien todas las cosas existen y subsisten, perfeccionara mediante el sufrimiento al autor de la salvación de ellos, a fin de llevar muchos hijos a la gloria”*. El autor de la salvación es el mismo Creador de todas las cosas.

Colosenses 1:15-20 lo afirma con poder: *“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación. En Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles, tronos, dominios, principados y potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Él es antes de todas las cosas, y en Él todo subsiste”.*

Detente un instante y deja que el Espíritu te ministre: el valor del mensaje está en su Autor. No hablamos de técnicas ni de métodos, sino de la esencia misma del mensaje, que a veces hemos dejado a un costado, sin activarlo como deberíamos.

¿Con quién debemos activar el mensaje? Con Cristo, la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. Él es el autor de la salvación, el motivo por el cual hoy estamos aquí, el fundamento de todo lo que hacemos.

Nuestra vida ha encontrado sentido en Él. Y veremos cómo, a través de Jesucristo, han sucedido cosas extraordinarias con nosotros. Le agradó al Padre que en Cristo habitara toda plenitud, y que por medio de Él fueran reconciliadas todas las cosas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra, haciendo la paz mediante la sangre de la cruz.

El Autor de la salvación es la mejor noticia que podemos anunciar. Más allá de que yo lo conozca, lo esencial es que conozco al Autor que trae paz. Él nos reconcilió completamente con Dios.

Antes de Cristo, esto era un misterio, oculto y no revelado. Pero ahora, como declara Colosenses 1:23, la reconciliación se manifiesta mediante la proclamación de la Buena Noticia de Jesucristo.

Por eso, cuanto más callamos, menos reconciliación habrá para el hombre con Dios. No se trata de ambientes de adoración —que son maravillosos y necesarios—, sino de

predicar el evangelio allí donde estemos. Cuando callamos la Palabra, la gente pierde la oportunidad de encontrarse con Dios.

El Autor es quien destruyó, mediante su muerte, al que tenía el poder de la muerte. Y porque resucitó, hoy lo adoramos y decimos: “¡Gloria sea al Señor!”. Pero no basta con darle gloria; debemos preguntarnos: ¿qué estoy haciendo con este mensaje?, ¿qué parte me corresponde a mí?

El Autor de la Buena Noticia es quien me libró de la esclavitud, quien venció la tentación, quien me salvó de la separación eterna con Dios. Él escribió el mensaje de salvación, y como declara la Escritura: *“En ningún otro hay salvación, porque no se ha dado a la humanidad otro nombre bajo el cielo mediante el cual podamos ser salvos”* (Hechos 4:12).

Sin embargo, muchos allá afuera creen que existen múltiples caminos para ser salvos. Y aunque lo sabemos, la pregunta sigue siendo: ¿qué parte no estamos activando en nosotros?, ¿qué es lo que aún no vemos?

El Autor de la salvación es Dios mismo. Sus atributos permanecen intactos en su obra. Filipenses 2:6-8 nos recuerda que, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo cual aferrarse, sino que se despojó de sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. El Padre le confió un mensaje, y Él lo llevó a cabo.

Ese mensaje llegó hasta la cruz, donde se pagó el precio de nuestro pecado. Y aunque esta es la síntesis de la obra, no debemos quedarnos allí. El Señor nos recuerda que en cada congregación, en cada reunión, en cada momento de adoración, estamos hablando de Él, en Él y con Él.

Pero también nos llama a activar el mensaje, a llevarlo más allá de nuestras paredes, porque la reconciliación que hemos recibido debe ser anunciada al mundo.

Portadores, no reactores

Quiero plantearte una pregunta esencial: ¿cuántas herramientas tenés para ser portador del mensaje? Cuanto más conocés al Autor, más herramientas tenés. Pero no se trata de tener argumentos para pararte frente a alguien y explicarle por qué. No se trata de una locución, ni de una exposición racional. **Se trata de manifestar.**

El Autor preparó el mensaje para que vos y yo lo portáramos, para que lo manifestáramos. Y aquí surge una distinción clave: **no es lo mismo manifestar que reaccionar.**

Esta semana, mientras compartíamos en Teología 3 sobre la persona del Espíritu Santo, surgió una reflexión profunda. Muchas veces confundimos reacciones emocionales con manifestaciones espirituales. Pero no son lo mismo.

Tomemos una analogía sencilla: la electricidad. Si hubiera corriente en el piso, todos reaccionaríamos. Pero la manifestación de esa electricidad no es el sacudón, sino la luz. La lámpara encendida es la expresión ordenada, conectada, útil. El Señor me habló con claridad: como portadores del mensaje, **no podemos ser reactores, debemos ser manifestadores.**

Cuando tocás el interruptor, la luz se enciende. Hay conexión con la fuente. Pero si tocás un cable pelado, lo que ocurre es una reacción. La diferencia es profunda:

- **La manifestación nace de la conexión.**
- **La reacción nace del defecto.**

Y el problema que el Señor está señalando es que muchos **hemos dejado de manifestar porque no estamos conectados a la fuente.** Nos hemos vuelto reactores. Hemos distorsionado el mensaje. Por eso, necesitamos volver al principio: **conocer al Autor.**

Cuanto más lo conocés, más entendés por qué fuiste salvo. Y más clara se vuelve tu misión. Este ambiente espiritual en el que estamos nos invita a recordar, a activar nuestra memoria espiritual. Porque cuando conocí el mensaje, no fue algo liviano.

Hoy, sin embargo, el mensaje se ha vuelto demasiado superficial. Le damos a las personas opciones como: “¿Querés orar?”, “¿Querés que te ore?”, “¿Querés repetir conmigo?”. No está mal. Son accesos. Pero si no cuidamos la **esencia extraordinaria del mensaje,** corremos el riesgo de reducirlo a una fórmula liviana.

Y cuando la gente empieza a entrar en ambientes espirituales más profundos, se da cuenta de que lo que recibió fue apenas una introducción.

El Portador del Mensaje

Muchas veces, cuando comenzamos a hablar de conceptos como el “yo”, el “hombre viejo” o la “manifestación”, la gente responde: “No entiendo nada de eso. Yo llegué a la iglesia porque Dios me dio trabajo. Vine porque el Señor sanó a mi hijo, y ahora espero que sane a mi padre”.

Y está bien reconocerlo: cada uno llega con una necesidad concreta. Pero la primera cuestión que debemos comprender es el Autor. Necesitamos conocerlo profundamente. El mensaje tiene un Autor y también un portador. El Autor es Jesucristo; el portador es Cristo en mí. No soy yo. Porque, como dice la Escritura, “ya no vivo yo”.

A veces cantamos, nos emocionamos, incluso lloramos. Pero luego, en la realidad cotidiana, nos quedamos preguntándonos: “¿Y ahora qué?”.

El apóstol Pablo lo expresa con contundencia en 1 Corintios 9:16: *“Si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme, porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!”*. Predicar no es motivo de jactancia, es una misión insoslayable. No puedo pasarla por alto. No puedo decir: “Eso es para los evangelistas, ellos tienen el don”. No. Hemos confundido los dones con el Don.

El Don que hemos recibido es el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo nos habilita a predicar la Buena Noticia, a hablar de Jesucristo. Pablo lo repite con fuerza: “¡Ay de mí si no predico el evangelio!”.

Si alguien vino hoy con la expectativa de pasar el resto de su vida solo escuchando, debo decir con claridad: esta no es la casa que te habilitará a eso. Nadie será rechazado, nadie será echado. Pero la misión que nos fue encomendada no es permanecer pasivos, sino cumplir con el mandato de anunciar.

Para esto necesitamos tres cosas inseparables:

1. Creer en Él.
2. Tener fe en Él.
3. Confiar en Él.

Este es el verdadero “combo” de la salvación.

Hebreos 11:6 nos recuerda que debemos creer que Él existe y que recompensa a quienes lo buscan. Y si voy a portar un mensaje, debo estar de acuerdo con el que me lo dio. No puedo vivir en la duda constante de si algo es de Dios o no. Es natural plantearse preguntas, pero no puede ser una condición permanente. **La madurez espiritual nos lleva a reconocer y estar de acuerdo con Él.**

Me convenzo, y hablo a quienes también están convencidos de quién es Él y de lo que dice. Porque lo más importante no es el mensaje en sí, sino el Autor que está dentro del mensaje.

Pablo lo reafirma en 1 Corintios 9: *“Aunque soy libre y no dependo de nadie, me he hecho esclavo de todos para ganar al mayor número posible”. El evangelio no se trata de números como una estadística fría. No es simplemente “cuántos somos”.*

El evangelio se trata de vidas transformadas. No somos un pequeño pueblo feliz y aislado; somos portadores de un mensaje eterno que debe alcanzar a muchos.S

La Responsabilidad de Ser Portadores

Dios mismo está conteniendo su juicio, porque no quiere que nadie se pierda. Sin embargo, vemos cómo muchos saltan de congreso en congreso, de reunión en reunión, adorando y celebrando. Y está bien, no está mal. Pero surge una pregunta inevitable: ¿cuánto tiempo más vamos a planificar actividades sin asumir nuestra verdadera misión? **La iglesia fue llamada a ser portadora del mensaje.**

El apóstol Pablo lo expresó con fuerza: se hizo esclavo de todos, no por maldad, sino por disposición. Él no podía dejar pasar por alto la urgencia de anunciar la Buena Noticia. Tenía un mensaje, y la gente necesitaba escucharlo. Judíos, griegos, todo el mundo: **todos necesitaban saber de Jesucristo.**

No podemos decir: “Aquí ya saben”. La realidad es que no saben. El sincretismo ha avanzado más que el evangelio. Argentina está bañada en sincretismo. La gente cree en cualquier cosa: si le traés la cruz, creen en la cruz; si le traés al chamán José, creen en el chamán José; si le traés un reptil que supuestamente sana con su mordida, también lo creen. ¡No puede ser! Iglesia, tenemos una responsabilidad en esto.

Algunos dicen: “Dios no me llamó a mí”. Pero Dios no te va a llamar, porque ya te ordenó. No esperes un llamado que ya fue dado. No pases la vida preguntándote si el Señor te va a llamar. Él ya te dijo: hazlo.

Pablo recuerda a los corintios que hemos sido hechos partícipes del evangelio. Somos

copartícipes. Si cantamos que Él nos liberó, entonces somos parte. Si Él nos sanó y nos postramos a sus pies diciendo: “¡Gloria a ti, Señor!”, entonces somos parte. Y aún si fuera necesario, el verdadero portador estima todas las cosas como pérdida con tal de ganar a Cristo.

Esto no aplica solo al conocimiento humano, sino también al evangelio mismo. **Debemos dejar de lado nuestra sabiduría,** porque no sirve para nada. Los métodos humanos tampoco sirven. Hoy se habla de “evangelismo explosivo”, pero debemos detenernos un poco. Cualquier método es válido si viene del Espíritu, no porque sea popular o novedoso. Si el Señor pide que alguien se pare en la plaza con un altavoz, ¡adelante! Pero no existe un único método. Jesús mismo, como portador del evangelio, no usaba siempre la misma forma.

La verdadera pregunta es: **¿qué estoy dispuesto a hacer yo como portador del mensaje?**

En Mateo 11:29-30, Jesús habló del yugo y de la carga: *“Mi yugo es fácil y ligera mi carga”*. El yugo tiene que ver con la relación. Es su presencia sobre mí, su dirección sobre mi vida. El yugo me mantiene en el camino, me impide desviarme, me sostiene en la misión. Por eso clamo: “Señor, quiero tu yugo sobre mí”.

Porque ser portador del mensaje no es algo que siempre entendemos en su totalidad. **Es un misterio que se revela en la obediencia.** Y aunque lo entendamos, necesitamos simplificarlo, vivirlo, hacerlo real. No se trata de adornarlo con métodos humanos, sino de llevarlo con la fuerza del Espíritu.

El Contenido y la Relación con el Autor

Hoy vivimos en tiempos donde todo parece necesitar ser breve, sencillo y directo: un reel, un TikTok, un mensaje rápido. Y no está mal querer comunicar de manera simple. Pero lo esencial no es el formato, sino **el contenido del mensaje que Dios nos ha confiado.**

No puedo salir del yugo de Cristo. Lo que Él ha puesto sobre vos y sobre mí en cuanto al mensaje es fácil, pero somos nosotros quienes lo complicamos. La carga, aunque a veces parezca pesada, se vuelve ligera cuando la compartimos con Él.

Pedro lo experimentó: “Señor, qué difícil son los judíos”. Y el Espíritu le respondió: “Descansa en mí. ¿Querés que te ayude, Pedro? ¿Querés que te ayude, Gustavo? Compartamos este peso. Y si se hace más pesado, déjamelo a mí”. Cuanto más dejamos en sus manos, más liviano se vuelve el camino, porque la tarea trae descanso cuando se realiza en dependencia de Él.

La forma en que llevamos el mensaje está directamente ligada a nuestra relación con el Autor. Si estoy bien con el Señor, todo fluye. Pero si convierto esa relación en una rutina romántica, como una novela diaria que se repite sin propósito, pierdo de vista lo esencial: la relación con Él no es solo para mi deleite personal, sino para afianzar el mensaje que debo llevar.

No se trata de un llamado específico a un lugar, sino de un mandato universal: **Autor, portador, contenido.**

El contenido del mensaje está claramente expresado en Juan 3:16: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su único Hijo, para que todo aquel que en Él cree tenga vida eterna”.*

En este pasaje encontramos cuatro pilares fundamentales:

- **Amor**
- **Dar**
- **Todo**
- **Vida eterna**

Pablo lo reafirma en 1 Timoteo 1:15: *“Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”*. Esta palabra es fiel y digna de ser recibida por todos. No es solo para Argentina, ni solo para Tanzania. Es para todos.

Sin embargo, hoy nos enfrentamos a un desafío: muchas personas nunca se han visto como pecadoras. Y si no reconocen su pecado, tampoco reconocen su necesidad de salvación. Hemos perdido la convicción porque el contenido de nuestro mensaje se ha vuelto escaso.

Visitamos lugares donde se saluda a todos como “hermano”, pero detrás de esas palabras hay familias que nunca han entendido la esencia del evangelio. Por eso debemos volver a hablar con claridad acerca del pecado y de la gracia, porque sin esa convicción, el mensaje pierde su fuerza transformadora.

Pablo lo reafirma en 1 Timoteo 1:15: *“Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”*. Esta palabra es fiel y digna de ser recibida por todos. No es solo para Argentina, ni solo para Tanzania. Es para todos.

Sin embargo, hoy nos enfrentamos a un desafío: muchas personas nunca se han visto como pecadoras. Y si no reconocen su pecado, tampoco reconocen su necesidad de salvación. Hemos perdido la convicción porque el contenido de nuestro mensaje se ha vuelto escaso.

Visitamos lugares donde se saluda a todos como “hermano”, pero detrás de esas palabras hay familias que nunca han entendido la esencia del evangelio. Por eso debemos volver a hablar con claridad acerca del pecado y de la gracia, porque sin esa convicción, el mensaje pierde su fuerza transformadora.

El Mensaje Completo de la Salvación

Hemos rebajado el contenido del mensaje. Y cuando el mensaje se diluye, pierde su fuerza transformadora. Pablo lo recuerda en 1 Timoteo 1:15: *“Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”*. Dos verdades esenciales se desprenden de este pasaje:

1. **El mensaje salva del pecado.**
2. **El pecado es errar al blanco, es saber hacer lo bueno y no hacerlo.**

¿Por qué todavía hoy hay dudas? No se trata simplemente de caer en una situación de pecado, sino de vivir con la convicción de pecado. Esa convicción es distinta: si recibí bien el mensaje, no voy a tener dudas cuando soy exhortado.

Predicar el evangelio es anunciar la Buena Noticia de Jesucristo. Él mismo es el mensaje. Y quiero subrayar algo: la Gran Comisión no se limita al evangelio de Mateo. Los cuatro evangelios completan su sentido.

Marcos 16:15-18 nos recuerda:

1. **Prediquen el evangelio a todo el mundo.**
2. **Y las señales los seguirán.**

El orden es importante. No dice: “Primero hagan milagros y después prediquen”. Jesús hizo milagros, muchos milagros, pero lo esencial es que Él era la Palabra viva. Los milagros acompañaban, pero el centro era el mensaje.

Mateo 28 añade otra dimensión:

1. **Hagan discípulos.**
2. **Bautícenlos.**
3. **Enséñenles a guardar mis mandamientos.**

Lucas 24:45-47 completa la visión:

Hablen del arrepentimiento y del perdón de pecados.
Comiencen aquí y sigan hasta lo último de la tierra.

Y Juan 20:30-31 nos recuerda que creemos para vida eterna. Este es el mensaje completo. No es quedarse en la puerta, en un simple “creer”. No es detenerse en el camino. Es acceder a la verdad y a la vida.

Por eso, el mensaje debe incorporar tres elementos inseparables:

- **Creer.**
- **Desarrollar la fe.**
- **Confiar.**

No podemos reducirlo a una oración rápida, como si fuera una fórmula mágica que abre todos los caminos. El mensaje exige una respuesta integral: creer, crecer en la fe y confiar plenamente en Él.

El mensaje tiene antecedentes sólidos. Muchos aquí pueden confirmar lo que han oído y vivido. Es una tarea que continúa. El escritor de Hebreos lo advierte en 2:1: *“Por tanto, es necesario que prestemos más atención a lo que hemos oído, no sea que nos extraviemos. Porque si el mensaje anunciado por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió su justo castigo, ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?”*

La salvación es demasiado grande para ser descuidada. El mensaje es demasiado poderoso para ser rebajado. Y nuestra misión es demasiado urgente para ser postergada.

La Salvación Confirmada

Esta salvación fue anunciada primeramente por el Señor, y quienes lo oyeron la confirmaron. Además, Dios mismo la ha ratificado con señales, prodigios y milagros, como evidencia de que la Buena Noticia de Jesucristo es verdadera. El mensaje fue proclamado por Cristo, y **nosotros somos portadores porque Él sigue anunciando a través nuestro.**

Ser portador del mensaje está íntimamente ligado a mi relación con Dios. Si digo que soy un adorador, un servidor apasionado, entonces no debería tener ningún problema en salir a predicar el evangelio. No importa si mi talento es cantar, tocar la flauta o servir en silencio: todo eso es valioso, pero también debo anunciar. Porque el mensaje será confirmado por quienes lo escuchan y por las señales que acompañan la predicación.

El énfasis del mensaje se resume en verdades esenciales:

1. **Hemos sido rescatados de nuestra vana manera de vivir.**
2. **No se trata solo de un milagro físico —aunque damos gloria a Dios por cada sanidad—, sino de reconocer que nuestra vida sin Cristo no tenía sentido.**
3. **Estábamos muertos, separados de Dios por nuestros delitos y pecados.**
4. **Estábamos perdidos.**
5. **Y Él vino a buscar y salvar lo que estaba perdido.**
6. **Tú estabas perdido, y Él te encontró.**

Este es el corazón del mensaje.

A veces escuchamos personas decir: “Yo nunca hice nada malo, soy un padre ejemplar, un hijo ejemplar”. Y pensamos: “Lo único que le falta es tener a Jesús en su vida”. Pero la Escritura nos recuerda que todos necesitamos reconocer nuestra condición.

David lo expresó con profunda convicción en el Salmo 51:5: *“He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre”*. No se trata de juzgar a su madre, sino de reconocer la naturaleza de pecado que heredamos desde Adán.

Por eso, incluso quienes parecen intachables deben verse en esa condición: perdidos sin Cristo. Solo su gracia nos salva. Como declara Efesios 2:8-9: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”.*

La salvación es gracia. La salvación es rescate. La salvación es vida donde había muerte. Y este es el mensaje que no podemos callar.

Ciertamente, la gracia de Dios nos ha salvado por medio de la fe. Este es un punto que debemos subrayar con firmeza. Muchas veces ponemos todo el énfasis en la cruz, y sin duda la cruz es central, pero debemos recordar que es una parte del mensaje.

En la cruz se consumó la obra de redención, es verdad. Allí se selló la victoria definitiva. Sin embargo, cuando escuchamos frases como “vuelva a la cruz”, debemos comprender que, aunque es un llamado legítimo, la cruz no agota el mensaje. Es una parte esencial, pero no es el todo.

El mensaje trasciende la cruz porque nos conduce a una realidad aún mayor: **conocer al que tiene el control de todas las cosas.** No se trata solo de mirar el madero, sino de reconocer al Cristo resucitado que gobierna sobre la historia. La cruz culmina, pero la resurrección inaugura. La cruz cierra, pero la vida nueva abre.

Y todo esto no es por obras, ni por milagros, ni por méritos humanos. Pablo lo recuerda con claridad a los Efesios: *“Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”*. **La salvación es un regalo divino, un don que proviene de su propia esencia.** Dios lo entrega como parte de sí mismo, y al hacerlo nos hace partícipes de su vida.

La gracia no solo nos salva, nos incorpora. No es un acto aislado, es una invitación a ser parte de Él, a vivir en comunión con su propósito eterno.

El Propósito del Mensaje

La cuarta dimensión del mensaje es **su propósito.** El propósito del evangelio no es otro que **liberar al hombre del pecado y de la muerte, y restablecer la comunión con Dios.** Este es el centro, la razón de ser del anuncio.

Por eso no podemos reducir el mensaje a cuestiones circunstanciales: “¿Tenés problemas económicos? Vamos a orar, porque Cristo murió en la cruz por tus problemas económicos”. He escuchado estas frases, no en la televisión, sino en medio de nuestra propia comunidad. Pero el evangelio no se trata de eso. No es un remedio pasajero, no es una fórmula para resolver dificultades temporales.

La Escritura es clara: *“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”* (1 Timoteo 1:15). Pablo mismo confiesa: *“Yo fui tratado con misericordia, porque era el primero de los pecadores”*. Esa es la condición en la que debemos vernos para llevar el evangelio: necesitados de gracia, rescatados por misericordia.

El propósito del mensaje se resume en dos aspectos inseparables:

1. **Salvar al hombre.**
2. **Dar gloria a Dios.**

Pablo lo expresa en 1 Timoteo 1:17: *“Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sean honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén”.* No fue un añadido casual de Pablo, sino la conclusión natural de comprender que la salvación del hombre desemboca en la gloria de Dios.

La gloria de Dios es la que nos da vida en abundancia. Es Él mismo. **Conocerle a Él es entrar en su gloria, y su gloria es conocerle en plenitud.**

Recuerdo un momento personal que me marcó profundamente. Llegó el momento en que nuestro hijo partió hacia Alemania con Joaquín, y unos días después, mientras oraba, escuchaba una canción que habíamos cantado juntos en la iglesia.
Valentina ya se había ido tres meses antes, y la familia comenzaba a reunificarse allá. Yo estaba en casa, en silencio, y esa melodía se convirtió en oración. En medio de la

ausencia, la gloria de Dios se hizo presente, recordándome que el propósito del mensaje es más grande que cualquier circunstancia: salvar, restaurar, y conducirnos a la comunión eterna con Él.

Te lo entrego todo

La canción decía: “Te lo entrego todo”. Y entonces pensé: ¿cuántas veces cantamos palabras sin detenernos a valorar su peso? En ese momento comencé a llorar. Lloro, río, lloro otra vez… nos pasa seguido.

Pero aquella vez fue distinto. Se lo conté a Miguel Sanzana y a Germán Palermo inmediatamente: mientras oraba en la cocina, escuché una voz que me preguntaba: “¿Está todo bien?”. Y tuve que responder con sinceridad: “No, no está todo bien”.

Allí el Espíritu comenzó a ministrar mi corazón: “Son míos tus hijos”.

¿Qué significa realmente “te lo entrego todo”? ¿Acaso quedarse estancado en la pérdida? ¿Acaso resignarse al vacío? No. El Espíritu me habló con claridad: “No perdiste, ganaste. Porque era necesario, y siempre será así”.

Entonces comprendí que debía soltar. No olvidar, pero sí entregar. Porque hay algo más, algo superior, algo que trasciende lo terrenal y lo temporal. El llamado es mayor que cualquier apego.

Entendí que dejar hijos, padres o cosas no es un abandono, sino una disposición: ¿cuánto estás dispuesto a soltar para avanzar hacia lo que Dios tiene preparado? Él me decía: “No te estanques. No te quedes allí pensando. Yo tengo más: un mejor hijo, un mejor nieto, algo más grande que eso”.

Esta es la esencia del mensaje: todos, en algún momento, tendremos que dejar. Todos tendremos que soltar. Nada puede permanecer aferrado a nuestras manos.

No se trata de sentimentalismo ni de lágrimas pasajeras. Claro que seguiré llorando a mi nieto hasta que lo vuelva a abrazar. Pero incluso en ese dolor, el Señor me recuerda: “Hay más. Hay algo más adelante. ¿No lo estás viendo?”.

Si esto se convierte en un peso, hay que soltarlo. ¿Qué te está reteniendo hoy? ¿Qué no estás entendiendo de entregar todo? Porque “te lo entrego todo” no es solo cantar una canción y luego seguir con la rutina. Es permitir que el mensaje movilice, que remueva, que saque del lugar donde estabas perdido y sin sentido.

El Espíritu me habló: “Tu vida tiene sentido. No te estanques. No te quedes ahí”. Por eso te invito: tomate un tiempo, cerrá tus ojos, dejá que Él hable. Preguntate: ¿qué te retiene para llevar el mensaje? ¿Cuál es tu expectativa hacia adelante si conocés al Autor?

Somos portadores porque Él habita en nosotros. No vamos con nuestra fuerza, vamos

con la suya. Y qué bueno que el mensaje tenga contenido, que no lo haya escrito yo, pero que yo sea testigo de él y deba contarlo a otros.

El propósito va más allá de salvar personas: es dar gloria y honra al que vive, al que reina, al que gobierna, al que tiene autoridad, al que salvó mi alma y quiere salvar a todos.

La Palabra lo dice: Dios no quiere que ninguno se pierda. Retrasa el tiempo, extiende su paciencia, porque su amor abraza y espera.

Gracias, Señor. Te bendecimos, te honramos y glorificamos tu nombre en esta hora. En el nombre de Jesús. Amén.

¿Querés ser parte?

Este libro fue creado para ser **compartido de manera gratuita,** con el deseo de que este mensaje pueda llegar a muchas personas y seguir extendiéndose.

Si este libro fue de bendición para vos y sentís el deseo de **colaborar económicamente, podés hacerlo de manera voluntaria.**
Tu aporte nos ayuda a seguir llevando este mensaje a más personas y haciendo posible que otros también puedan acceder a este material.

Si querés aportar podes hacerlo al siguiente alias:

gusti.calvi

Toda colaboración, sin importar su tamaño, es recibida con gratitud.

Gracias por ser parte y ayudarnos a seguir extendiendo este mensaje.

CEF
CENTRO DE ENTRENAMIENTO Y FORMACIÓN